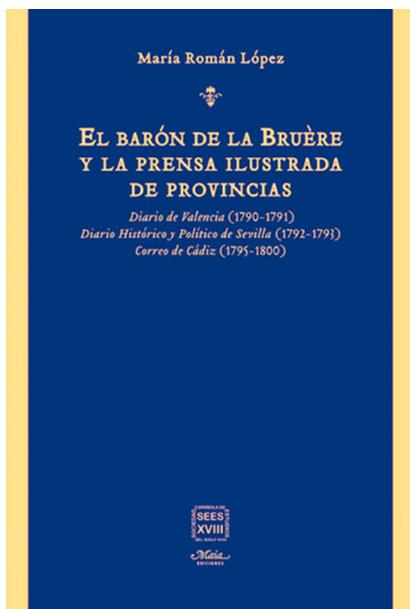


María ROMÁN LÓPEZ, *El Barón de la Bruère y la prensa ilustrada de provincias*. «*Diario de Valencia*» (1790-1791), «*Diario Histórico y Político de Sevilla*» (1792-1793) y «*Correo de Cádiz*» (1795-1800), Madrid, Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII / Maia Ediciones, 2018. 537 págs.

Uno de los aspectos característicos del periodismo finisecular es la descentralización, su expansión en provincias, bien en ciudades que todavía no cuentan con ningún periódico, como sucede en Valladolid (1787), Cartagena (1786), Valencia (1790), Murcia (1792), Salamanca (1793), Jerez (1800), Santiago (1800) o Algeciras (1805) o que habían contado con alguno pero de corta existencia, caso de Barcelona, Sevilla, Granada, Málaga o Cádiz. Aun cuando las dificultades para sacar adelante una empresa de este tipo continúan siendo muchas —sobremano tras el estallido de la Revolución Francesa y el frenazo a la prensa decretado por Floridablanca en febrero de 1791—, es evidente que quienes se lanzan a ello



lo hacen porque cuentan con una creciente demanda de la población lectora y la consiguiente cuota de mercado, pues ya para entonces el periodismo, con una sólida presencia en la Corte, se ha constituido en parte indisoluble del paisaje cultural. Como lo seguirá siendo también tras levantarse poco después la prohibición, pese a la salida de la escena de las publicaciones incursas en el decreto de suspensión, al clima de convulsión política, y a las restricciones impuestas por la censura, ahora bastante más exigente que la anterior.

Y en ese contexto hay que situar a José María de Lacroix, barón de Bruère, uno de los promotores más activos y tenaces del periodismo periférico, con una producción que se extiende desde 1790 a 1814 y abarca cinco periódicos: el *Diario de Valencia* (1790-1791), el *Diario Histórico y Político de Sevilla* (1792-1793), el *Correo de Cádiz* y su *Postillón* (1795-1800), el *Diario Mercantil de Cádiz* (1802-1814) y el *Correo de las Damas* (1804-1808), también publicado en Cádiz. Un aristócrata y militar gaditano de origen francés, ganado en su madurez para el periodismo, de cuya escurridiza biografía afortunadamente

hoy podemos saber bastante más que lo que se sabía hasta no hace mucho, gracias a los datos aportados por Lucienne Domergue en 1981<sup>1</sup>, a las noticias deslizadas en los estudios sobre la prensa valenciana<sup>2</sup> y gaditana, y, sobre todo, a las monografías que le han dedicado Elisabel Larriba<sup>3</sup> y, más recientemente y con mayor amplitud, María Román López, hoy profesora de literatura en la Universidad de Concepción (Chile), tanto en el volumen escrito en colaboración con Beatriz Sánchez Hita sobre su última iniciativa periodística<sup>4</sup>, como en su tesis doctoral, *Las empresas periodísticas del barón de la Bruère. Valencia, Sevilla y Cádiz (1790-1814)*, defendida en la Universidad de Cádiz, en 2016; tesis que se corresponde básicamente con la obra que ahora comentamos, sin duda una muy valiosa contribución al conocimiento del periodismo español de entresiglos<sup>5</sup>.

Porque de eso se trata, ya que lo que pretende —y consigue sin ningún género de dudas— no es tanto trazar la biografía de Lacroix, que también, cuanto ofrecer una profunda y completa panorámica de su labor periodística en las tres primeras empresas que puso en funcionamiento, las tres obedeciendo a un parecido plan de información local, instrucción y entretenimiento, en la línea de lo que venía haciendo con gran éxito el *Diario* madrileño, confeso modelo suyo. Y ello, situándolas hasta donde ha sido posible en el contexto de su peripecia vital. Por eso se estructura en tres grandes partes, una por cada periódico, precedidas de una Introducción, un capítulo sobre la vida de Lacroix («El barón de la Bruère a través de los testimonios»), con su correspondiente anexo documental, y otro sobre el momento histórico y la situación de la prensa a finales del XVIII («Precedentes contextuales»).

---

<sup>1</sup> «Andanzas y tribulaciones del periodismo en los últimos tiempos del Antiguo Régimen: el poder contra la prensa periódica (desde la Revolución francesa hasta la Guerra de la Independencia)», *Tres calas en la censura dieciochesca (Cadalso, Rousseau y prensa periódica)*, Toulouse, Institut d'Études Hispaniques et Hispano-américaines de l'Université de Toulouse-Le Mirail, 1981.

<sup>2</sup> Especialmente, en los trabajos específicos de Ricard BLASCO I LAGUNA, «Claroscurs en els inicis de la premsa valenciana», *Treballs de Comunicació*, Núm. 5 (1994), págs. 127-134, y «Ombres per aclarir en els orígens de la premsa valenciana», *Dos-cents anys de premsa valenciana. I Congrés Internacional de Periodisme*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1992, págs. 9-18, y en el de Jesús M.ª BILBAO ALDAMIZECHEVARRÍA *El Diario de Valencia: Luces y Sombras (1790-1800)*, Valencia, Fundación Universitaria San Pablo CEU, 1994, oportunamente citados por la autora.

<sup>3</sup> «Le baron de la Bruère: un patron de presse au temps des 'Don Quichotte du monde philosophique'», *El Argonauta español*, 4 (2007), <http://argonauta.revues.org/1248>.

<sup>4</sup> *La prensa femenina en Cádiz a principios del siglo XIX. Aproximación al «Correo de las damas» (1804 a 1808)*. Anejos de *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 1, 2014, <http://revistas.uca.es/index.php/cir/article/view/1920>.

<sup>5</sup> Un anticipo de ella lo había publicado en «José de la Croix, barón de la Bruère. Desde Valencia a su *Diario Histórico y Político de Sevilla (1790-1793)*», *El Argonauta español*, 6 (2012). Cabe añadir su reciente puesta al día en «Las empresas periodísticas del barón de la Bruère en Valencia, Sevilla y Cádiz (1790-1814)», *Hispania*, 258 (2018), págs. 169-192.

Y digo hasta donde ha sido posible porque, como de la vida de Lacroix no quedan prácticamente más memorias que los documentos y expedientes administrativos relativos a su trayectoria militar, a la gestión y licencias de impresión de sus publicaciones, y a su fracasada pretensión de lograr la vacante de regidor de la clase de ciudadanos de Valencia, esos han sido los materiales que tenazmente ha buscado e investigado M. Román para reconstruir, si no una biografía acabada, un «retrato intermitente» de su personalidad, vínculos familiares, ejecutoria militar y actividad intelectual. Podemos saber así —resumo algunos datos— que nació en 1745 o 1746 e ingresó en el ejército a los 16 años, y que a él pertenecerá con distintos destinos hasta su retiro a principios de 1792 en calidad de teniente disperso en Sevilla. Realizó estudios en la Real Academia militar de Matemáticas de Barcelona, donde ejercerá después como maestro durante más de cuatro años. Antes de iniciarse en el periodismo, participó —seguramente como traductor, por su conocimiento del francés— en la publicación de los dos tomos de la *Colección universal de novelas y cuentos en compendio* (1789-1790), junto a Francisco Marcer y Vicente Patiño, a partir de la *Bibliothèque universelle des romans*. Años después traducirá del inglés la novela moral *El fin funesto de la infidelidad* (1796). Tras vivir en Madrid, Valencia y Sevilla —donde tuvo estrecha relación con Forner, a la sazón fiscal de la Audiencia y con el que en abril de 1793 trató de poner en marcha el proyecto, finalmente frustrado, de un periódico dirigido a combatir y ridiculizar «las máximas que han conducido a la Revolución de Francia»—, estableció su domicilio familiar en Cádiz (1793-1815), donde desarrollará su más intensa actividad publicística. Al regreso de Fernando VII, fue condenado a diez años de presidio en Ceuta por el sesgo liberal del *Diario Mercantil de Cádiz*, pero fue indultado el 18 de septiembre de 1815. Se desconoce la fecha exacta de su muerte, que debió de ser antes de 1819.

Ya estos simples datos permiten advertir que lo más importante y significativo de su actividad intelectual es su faceta de *periodista*, según el nombre que por entonces empieza a consagrarse; de periodista comprometido con una actividad a la que, por su prolongada dedicación, cabría ya calificar como profesional. ¿Y cómo es y qué rasgos definen esa faceta en los diez años que componen la primera parte de ese ejercicio laboral? Eso es justamente, como decía, a lo que el libro da cumplida respuesta a través de la exhaustiva explicación de las características y peculiaridades de cada uno de esos tres periódicos, tomando como referente metodológico el esquema seguido por Fernando Rodríguez de la Flor en su estudio del *Semanario erudito y curioso de Salamanca* (1998): historia, composición de los volúmenes, localización de fondos, descripción física, comercialización y difusión, colaboradores, suscriptores, contenidos, fuentes y

recepción; si bien priorizando con buen criterio el análisis de los contenidos de carácter ensayístico, instructivo y literario, y relegando a un lugar secundario las informaciones y sueltos de carácter más local y circunstancial.

Según se irá mostrando a lo largo de sus páginas, los tres tienen un aire de familia, pues participan de un parecido formato de periódico (misceláneo) y de propósitos (cubrir las necesidades informativas de carácter comercial y cotidiano de un público urbano, difundir conocimientos promoviendo los valores de la Ilustración, y ofrecer una lectura amena y entretenida); se nutren en gran medida de fuentes ajenas —periodísticas sobre todo— como Lacroix se encarga de manifestar y es práctica común en la prensa contemporánea; acogen mucha literatura, al tiempo que silencian drásticamente los asuntos políticos, según las vigentes pautas de censura; propician la colaboración de sus lectores, como es también recurso habitual en la prensa; hay además muchos trasvases de materiales de uno a otro, y en fin, su línea ideológica combina Ilustración «de corto riesgo intelectual» (pág. 497), ortodoxia y afán moralizante.

Pero, obviamente, cada una supuso una experiencia diferente. La primera, la valenciana, fue la más breve, pues apenas abarca siete meses, desde el 1 de julio de 1790 hasta finales de enero de 1791, en que renuncia a todos sus poderes en el *Diario de Valencia* a favor de su colega y socio capitalista Pascual Marín, que lo continuará hasta la Guerra de la Independencia. La segunda, algo más dilatada, es la del *Diario Histórico y Político de Sevilla*, el primer diario andaluz, que se inicia el 1 de septiembre de 1792 y continúa hasta el 30 de junio de 1793 (303 núms.), es decir, diez meses. Y la tercera, la del bisemanal *Correo de Cádiz* con su *Postillón* de información comercial, es con mucho la de vida más larga, pues se prolonga desde el 3 de febrero de 1795 hasta por lo menos (según la colección más completa que se conserva) el 2 de mayo de 1800, en que como consecuencia de la fiebre amarilla padecida en Cádiz detiene la edición (408 núms.).

A modo de resumen. El *Diario de Valencia* se distinguió por poseer una cierta estructura empresarial, y contar desde su salida con una plantilla de colaboradores estables y remunerados, algo que algunos criticaron por considerarlo indigna mercantilización de la cultura. Pero pese a esa y otras críticas que se le hicieron, logró una importante y diversificada difusión, no solo en Valencia sino en otras ciudades españolas, según muestra la lista de 440 suscriptores (incluida como apéndice al capítulo): clérigos —el cuerpo más numeroso—, aristócratas, profesores, abogados, arquitectos, militares, autoridades y miembros de la administración, instituciones como la Junta de Comercio de Valencia, el arzobispo Fabián y Fuero, mujeres (v.gr. la duquesa de Almodóvar o la condesa de Cabarrús), comunidades de religiosas y en fin, figuras tan relevantes del momento como Floridablanca, Campomanes o el baylío Antonio Valdés.

Conforme al modelo del *Diario* madrileño, sus páginas reúnen muy variados contenidos: santoral e información religiosa y meteorológica, legislación, anuncios y avisos de carácter comercial (ventas, alquileres, demandas y ofertas de empleo, subastas...), noticias de Valencia y otros lugares, páginas de historia valenciana y de mitología, anuncios y reseñas ocasionales de libros, comunicados y comentarios críticos de los lectores, y naturalmente, artículos instructivos sobre muy diversos temas: ciencia —física sobre todo, que, precedida de un notable discurso introductorio, forma una sección de 23 entradas que divulgan conocimientos de corte experimental con referencias a algunos de los científicos más acreditados (Boyle, Réamur, Pluche...)—, medicina (remedios curativos y preventivos especialmente) y salud pública, crítica, moral, filosofía y educación (poco), agricultura, demografía, economía práctica, etc. Y a su lado, abundante literatura y textos de entretenimiento en forma de enigmas, fábulas, anécdotas en prosa y verso, y composiciones poéticas (odas, letrillas, sonetos, lirás...) sea de poetas valencianos (Francisco Bahamonde y Sesse, Manuel Lassala...) o nacionales (F. Gregorio de Salas, Margarita Hickey, Tomás de Iriarte, García de la Huerta...), estas sacadas habitualmente de otros periódicos (el *Cajón de sastre*, el *Diario* madrileño, el *Correo de Madrid*, el *Espíritu de los mejores diarios...*), según lo que M. Román ha podido determinar.

Porque, en efecto, uno de los interrogantes a que ha debido enfrentarse tanto en este como en los otros dos periódicos es la procedencia de los textos y la identificación de su autoría; lo primero, porque o no se declara o se hace de manera imprecisa, y lo segundo, porque no se menciona el nombre o se hace mediante iniciales, acrónimos y seudónimos, o porque, como sucede en no pocas ocasiones, Lacroix o alguno de sus comunicantes suplantan al original y presentan el texto como propio. También, artículos que se dice proceder de periódicos extranjeros, están tomados en realidad del *Espíritu de los mejores diarios*. Por eso es muy de agradecer el esfuerzo que ha realizado para tratar de localizar y precisar tanto la identidad de los autores que comparecen en sus páginas como las fuentes utilizadas. Expresión de ello, y complemento muy útil, son los dos índices —de siglas, acrónimos y firmas, y de poesías— que ofrece al final de este y los otros dos capítulos. Con el primero de ellos va también, en índice aparte, el de las 180 anécdotas en verso, generalmente de historia local, que desde enero de 1791 forman una sección regular.

El *Diario Histórico y Político de Sevilla* (1790-1793), que nace cuando en la ciudad comienza a darse un impulso cultural con el grupo de jóvenes congregados en torno a la Academia Horaciana, luego Academia Particular de Letras Humanas, aunque por el prospecto y los textos que publica se muestra continuista con el anterior, su contenido es más variado y sus fuentes más amplias.

Y también en su caso acoge la contribución de muchos comunicantes, entre los que destaca por encima de todos Forner, que estuvo sin duda muy implicado en la publicación del periódico y al que se deben varios artículos y multitud de composiciones poéticas —algunas aparecidas antes en el *Diario de las Musas* o el *Semanario de Salamanca*— que salen o bien anónimas o escondidas tras los seudónimos de «El Incógnito» y «El forastero» y las más variopintas siglas. Por los anuncios de suscripción consta que se difundió, además de Sevilla, en Barcelona, Madrid, Murcia, Valencia y varias ciudades de Andalucía.

Revalidando o renovando las secciones ya transitadas, sus principales for-  
mantes son: el santo del día e información sobre las celebraciones religiosas; las «afecciones astronómicas», horario de las mareas y las llegadas y salidas de barcos; legislación; anuncios comerciales, avisos y noticias particulares de Sevilla (celebraciones y fiestas, actividades culturales, ofertas educativas, diversiones públicas y espectáculos...); crónicas de hechos nacionales y extranjeros (v. gr. la famosa ascensión en globo protagonizada por Vicente Lunardi en Madrid en agosto de 1792, sacada del *Diario*, o el testamento de Luis XVI); una efímera sección del curso de los cambios de carácter comercial; cartas y cruces dialécticos de los lectores; publicidad de algunos papeles y libros de reciente publicación (sin reseñas); entregas regulares sobre historia de Sevilla, de las que se encarga un innominado colaborador que bien pudo ser Justino Matute y Gaviria, como sospecha la autora (pág. 272)—, y sobre mitología, así como toda una batería de discursos y textos instructivos sobre diversas materias —agricultura, ciencias útiles, botánica, higiene, remedios médicos, educación, moral, filosofía...— que son los que más directamente traducen el afán de regeneración social y los valores ilustrados que se pretende inculcar en los lectores, tal como la autora explica con oportunos comentarios sobre algunos de los más significativos.

Al igual que el de Valencia, la vertiente literaria y de entretenimiento la constituyen numerosas anécdotas de sesgo didáctico, enigmas, fábulas —inéditas, extractadas de la *Bibliothèque universelle des romans* o sacadas de distintas obras y periódicos (de La Fontaine, Vives, Horacio, Eugenio Antonio del Riego Núñez, Trigueros, Mármol...)—; un puñado de cuentos en prosa y verso de autoría desconocida, y más de trescientas composiciones poéticas (anacreónticas, cantilenas, letrillas, odas, epigramas...), bien originales de los poetas sevillanos o de autores foráneos, entre los que se cuentan, además de Forner, Meléndez Valdés, Tomás de Iriarte, Trigueros, Álvaro María Guerrero, Del Riego Núñez, García de la Huerta, Margarita Hickey, Rodríguez de Arellano, Arjona, Mármol, Roldán, Munárriz, Fernández de Navarrete y otros más, en general claramente alineados con la estética neoclásica.

El *Correo de Cádiz*, que siguió a la frustrada intentona de Lacroix de publicar un *Diario Histórico y Político de la ciudad de Cádiz*, presenta un cambio de rumbo respecto de los dos anteriores, pues además de ser bisemanal y ofrecer alguna mejora tipográfica, desplaza la información local de asuntos mercantiles a un suplemento —el *Postillón al Correo de Cádiz*—, descienden las cartas y comunicados de los lectores al paso que aumentar los textos que llevan su firma, y privilegia claramente la parte instructiva y, sobre todo, literaria. Y como ahora toma como referente —declarado— al *Espíritu de los mejores diarios*, se incrementan sensiblemente los textos extraídos de otros periódicos y publicaciones (empezando por su propio Prospecto, coincidente en gran medida con un artículo sobre la utilidad de los periódicos que había aparecido en el *Diario de Madrid* y luego en el de *Barcelona*). Es decir, se configura, en sus propias palabras, como «una miscelánea o recolección» de varia literatura.

En el terreno propiamente literario, la mayor singularidad es el gran espacio que encuentran los cuentos —36 en total, en prosa y verso— y las novelas, cuya edición suele prolongarse a lo largo de varios números; la mayoría traducidas o recreadas por el propio Lacroix a partir de la *Bibliothèque universelle de romans* o de otras fuentes (de Baculard d'Arnaud, Florian, Richardson...). Y ello, como supone la autora en consonancia con las investigaciones de Beatriz Sánchez Hita<sup>6</sup>, por la mayor atención que quiere prestar al público femenino (pág. 405). Pero da cabida también a multitud de anécdotas en prosa de frecuente perfil histórico y moralizante, apotegmas, chistes, enigmas, «rasgos», apólogos, dichos, refranes, fábulas (en verso y prosa, la mayoría ya publicadas), sueños (también en prosa y verso), diálogos, y toda una rica y variada gama de composiciones poéticas (más de 600), generalmente de poetas contemporáneos y previamente publicadas en sus dos periódicos anteriores o en otros (Forner, García de la Huerta, Bahamonde y Sessé, F. Gregorio de Salas, Iglesias de la Casa, Tomás de Iriarte, M. Hickey, Marí Gertrudis de Hore, etc.

Pero como era el otro principal propósito, se prodigan también los textos de carácter ideológico e instructivo —más de un centenar— de diversa temática. Muchos son de sesgo crítico-moral encaminados a inculcar valores cívicos y a criticar costumbres perniciosas al bien público (sobre la felicidad, las modas, la pedantería, la vanidad, la felicidad, la fama, el lujo, la amistad, el desinterés, la moderación, el honor, el amor, la emulación, la humanidad...); pero sigue habiendo también otros sobre historia y personalidades relevantes de la misma, literatura —con razón destaca la autora el notable «Discurso crítico. Sobre las

---

<sup>6</sup> «Escribir para ellas. Prensa y novela para mujeres: el caso del *Correo de Cádiz* (1795-1800) y el *Correo de las damas* (1804-1808)», *Bulletin d'histoire contemporaine d'Espagne*, 49 (2014), págs. 35-62.

novelas modernas, consideradas en sí, y con respecto a las composiciones antiguas de esta clase» que se dice del abate Asbent [Asbert?], filosofía (sobre los sistemas filosóficos, el pensamiento de Bacon, «Pintura de Pedro Bayle», crítica a las especulaciones escolásticas...), geografía, bellas artes, educación, higiene, comercio, agricultura, mitología, remedios medicinales, jurisprudencia, etc. y asuntos tan dispares como la educación de la mujer y de los artesanos, las causas del atraso en las ciencias y artes, la antigüedad de las bibliotecas, el ramadán, el carácter de los chinos, la guerra, las pirámides de Egipto, la historia del bordado, los beneficios de la música para la salud, etc.

También en su caso la identificación de fuentes y autores resulta dificultosa por las razones antes apuntadas. Pero a tenor de las indicaciones que ocasionalmente hace y, sobre todo, gracias al rastreo efectuado por la autora, se colige que Lacroix sigue echando mano de muchos periódicos nacionales —no siempre declarándolo (v.gr. un discurso sobre el lujo que firma B. [Bruère] es traslado fiel del 124 de *El Censor*)—, amén de repertorios y obras diversas (Saavedra Fajardo, Sigüenza, Millot, Fontenelle, Rollin, Pluche, Rozier, Batteux, Mercier, Brisson, Baumé...).

Ni que decir tiene que estos breves apuntes apenas son un pálido reflejo de la riqueza informativa que el volumen contiene. Porque el lector interesado encontrará mucho más: sobre el programa editorial que Lacroix diseñó para cada uno de sus tres periódicos; sobre su formato y estrategias editoriales; su comercialización y difusión; el eco y recepción que tuvo, y, por supuesto, sobre los contenidos que poblaron sus páginas, el tratamiento que se les dio, y los porcentajes de la presencia espacial de sus distintos bloques (expresados en los cuadros correspondientes).

Ciertamente, muchos de los textos y autores referenciados podrán dar pie a desarrollos más extensos y monográficos, tal como se ha venido haciendo con otros periódicos más conocidos. Se podrá también avanzar en la identificación de fuentes, comunicantes y colaboradores; en sus implicaciones ideológicas y en su conexión con los *espectadores*... Pero lo principal —perfilar con trazos nítidos la personalidad y la obra de ese militar ilustrado, empresario y periodista vocacional que fue José María de Lacroix—, qué duda cabe, ya está hecho.

INMACULADA URZAINQUI